

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Cambio de tiempos



—Si hace veinte años hubiera pasado á mi lado esa moza, ¡en seguida me iba yo á quedar sin averiguar dónde vivía, por lo menos! Ahora... ¡ahora, que averigüe ella dónde vivo yo, si quiere!

SUMARIO

TÉXTO: Advertencia.—Resurrección, por Eduardo de Palacio.—Celosías, por Juan Pérez Zúñiga.—Sermón perdido, por José López Silva.—Amores desgraciados, por José Estremera.—Sacrificio inútil, por Luis de Ansorena.—Remedio contra falsías, por Angel R. Chaves.—El eterno cuento, por Alejandro Larrubiera.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Cambio de tiempos.—Sermón perdido (dos viñetas).—Mesas de petitorio (cuatro viñetas).—Amores desgraciados (seis viñetas), por Cilla.—María Mariscal, de fotografía directa.

ADVERTENCIA

Por triste motivo nos vemos privados de la acostumbrada crónica semanal.

Nuestro queridísimo compañero Luis Taboada llora en estos momentos la muerte de una de sus hijas. Respetemos su profundo dolor suprimiendo hoy la sección en que siempre ha hecho las delicias de los lectores del periódico, y asociándonos de todo corazón a su pena.

LA REDACCIÓN.

RESURRECCIÓN.

¡Gloria in excelsis! que cantaba un sacristán de acompañamiento, en uno de los templos de Madrid.

Todo resucita.

Los campos se tñen de verde Sagasta; las aves canoras ó canosas, ó canónicas, alaban al Señor y cantan himnos á la primavera.

Todo canta, desde la Kuppfer, hasta las alondras de café cantante; desde Balart y Campoamor, hasta los pardillos copleros.

Hemos pasado de la Semana Santa, de los días de ayuno y abstinencias: de las espinacas de familia, de las acelgas vírgenes ó vírgenes acelgas; de las judías y sus consecuencias naturales; del «baccallao», según le denomina un académico de número ó de chapa; del congrio, por más que nunca se agota la especie descubierta por Segarra Balmaseda.

Hay congríos «por doquier».

Todo resucita.

Los coches y los cocheros de alquilar vuelven á la vida y á la vía públicas, con tablilla alzada, como desafiando á las personas sensibles y morigeradas con el aviso: «se alquila».

Han pasado dos días y dos noches en el ostracismo, bien en el seno de sus familias, ó bien en círculos de vinicultores del país ó indígenas, que no es lo mismo, en opinión de un chico ateneísta que afeitó á un amigo mío.

Héroes del trabajo montado, que se sacrifican por el público.

«Todo por él y para él», es el lema de esa clase tan mal juzgada por la ingrata muchedumbre, á la cual dirige su elocuente palabra, algunas veces, para advertirla del peligro, y á la cual, si bien atropella en ocasiones, aunque involuntariamente, en otras proporciona comodidades inapreciables.

El cochero es un esclavo de su deber, y particularmente el cochero de punto es una «víctima social».

¿Qué tiene de extraño que durante esas horas de libertad y de descanso se entregue al esparcimiento y á las diversiones propias de su sexo?

¿No sería disculpable si abusara en esos días, que no abusa, de los engañosos y efímeros placeres de esta vida?

¡En un año solas cuarenta y ocho horas de descanso!

Y no se quejan esos mártires en pescante, ni piden reducción de horas de trabajo, ni supresión de contadores; nada.

Pasan la vida ejerciendo actos laudables.

Llevan niños á bautizar; matrimonios no consolidados, que van en busca de la bendición nupcial; acompañan á los muertos hasta el cementerio; trasportan á enfermos y á heridos, y pasean á los suicidas que abusan de la generosidad del cochero, ejecutándose en el interior del carruaje sin previo aviso, y aun sin pagar siquiera «el servicio».

¿Qué trabajo costaría al hombre que se resuelve á suicidarse en carruaje, para mayor comodidad, advertir al cochero y pagarle su trabajo?

—Mire usted—pudiera decirle,—por razones que no son del caso, he dispuesto quitarme la vida; y como eso de matarse en pie ó sentado en un banco del Retiro, ó de cualquier otro sitio público, no es propio de un suicida decente, voy á alquilarle á usted por una hora.

--Está bien—respondería el cochero.

—Si, trascurrida la hora, no oye usted la detonación de un arma de fuego, será que me habré despachado á navaja, ó que me habré

arrepentido. En cualquiera de ambos casos, desprécieme usted y arrójeme del carruaje, por indecente.

Pero no emplean este procedimiento los suicidas.

Detienen el carruaje, montan, se levantan la tapa de los sesos, y ahí queda eso.

El cochero es un tipo universal: todos parecen de la misma familia, aunque procedan de diversos países.

A uno del gremio, detenido por la policía en uno de estos últimos días, preguntó el prefecto «alusivo»:

—¿Usted es anarquista?

—A Dios gracias—respondió el «entrepelado», como escribía un compañero periodista.

—¿De qué país es usted?

—Cochero.

Y el prefecto, envanecido por su perspicacia, replicó:

—Lo había conocido en el acento. ¿Y de qué parte es usted?—añadió.

—De berlina.

—También lo había sospechado.

La verdad es que la humanidad les debe cuantiosos beneficios.

¡Y con cuán primitiva candidez se divierten en las cercanías de «la cara de Dios», en la mañana del Viernes Santo, los cocheros de esta diócesis, vamos al decir!

Bromas infantiles, sin atropellos ni disgustos personales.

No sería posible.

Entre los individuos del ramo hay unidad de miras, y lealtad y *Nuevo Porvenir*, que es una sociedad de «directores» ó conductores de coches de plaza, para la defensa de sus intereses y mejora de la clase y de sus miembros.

Los asociados aprovechan las vacaciones de Semana Santa para reunirse, examinar las cuentas del año económico-particular, y acordar algunas medidas de utilidad general para la facultad.

Hace algunos años, en una reunión de la clase, á la que asistí en concepto de cronista espontáneo, hubo momentos verdaderamente parlamentarios.

En poco más se van á las manos los oradores.

—¡Pido el habla!—gritó uno.

—La tendrás, si es posible—respondió el que presidía;—pero anda con ojo y mira lo que sueltas.

A lo cual replicó el otro, indignado:

—Tú eres un cerdo á la izquierda.

Por fin, Madrid renace.

Compañías italianas, francesas, ecuestres, en los teatros; toros...

Ya han llegado los primeros sombreros cordobeses y sevillanos.

Ya andan por ahí los primeros señoritos de tanda.

Eduardo de Palacio.

Celosías.

Carta que en cierta ocasión remitió don Juan Lirón á Gaspar de Pimentel, que vivía en un hotel de Pozuelo de Alarcón.

«Querido amigo Gaspar: No te vayas á enfadar si te consulto una cosa. Mi Carmela es muy celosa, no lo puede remediar.

Mi suerte á su lado es negra, y al ver que nada le alegra, jamás mi ventura logro.

¡Tiene celos de mi suegra, y eso que parece un ogro!

Á mi servicio (no es guasa) está un chico de Tarrasa y otro chico de Reinosa; porque no quiere mi esposa ver mujeres en mi casa.

Celos tan exagerados no hay razón que los produzca.

¡Si hasta me busca criados que estén mal configurados para que no los seduzca!

Salgo á veces con Carmela, y la inspiro tal recelo en viendo á una damisela, que rabia que se las pela

si al punto no miro al suelo.

Vivo de ellas alejado, porque si no; la incomodo; y me vigila de un modo que pasa el día á mi lado, hasta en la oficina y todo.

Mas hoy estoy solo aquí, ¿sabes por qué? Porque ayer llamé á la portera *huri*, y al saberlo mi mujer se ha separado de mí.

¿Dónde estará la cuitada? ¡Me va á causar más desvelos!... ¡Pobrecilla! ¡Tan honrada! A fe que su amor sin celos no sería amor ni nada.

Ya conoces mi quebranto; dime, Gaspar, por lo tanto, qué hago en esta situación, y enjuga el acerbo llanto de tu amigo

Juan Lirón.»

.....
.....
.....

¿Que qué hizo Gaspar? Callar. ¡Qué había de contestar si cuando llegó la esquela, estaba echada Carmela en los brazos de Gaspar!...

Juan Pérez Zúñiga.



Sermón perdido.

—Últimamente, usted, como es su madre, puede usted ponderar á la Cirila y decir que es más guapa que la Virgen y más honrá que la Cibeles misma, porque una madre, aunque esagere un poco, siempre está disculpá, señora Isidra; pero el hacer que yo cargue con ella, ni más ni menos que si fuera un lila, eso no puede hacerlo en este mundo ni usted, ni Dios, ni el capitán Ariza.

—No comprendes mi idea. —Por lo mismo que la comprendo á usted, señora Isidra, contesto así. —¿Pero es que por si acaso digo yo que te cases con la chica?

—Es usted una mujer demasiao seria pa decir semejantes tonterías.

—¿Pues entonces! —Señora, hablemos claro, como se debe hablar: es que hoy en día su muchacha de usted no me conviene ni casá, ni soltera, ni azderida.

—¿Por qué, Miguel? —Por dos ú tres razones.

—Ten la bondaz, si quieres, de decírmelas.

—La primera es que no me da la gana, y las otras... —Las otras no las digas, que hasta la primera pa probarme que serás un ahorcao toda tu vida.

—¿Qué es lo que dice usted? —Lo que has oído.

—Bueno, suénese usted, señora Isidra,



y haga el favor de oír cuatro palabras sin dirigirme frases ofensivas, porque aunque uno venere á los ancianos y tenga educación, eso no quita para que en cierto modo, si se terciá, pueda ponerle á usted la mano encima.

—¿Y un jamón además! —En fin, contínuo, si es que me deja usted. —Por mí, contínuo.

—Yo he tenido la suerte ú la desgracia de usufrutar un año á la Cirila, más bien que por aprecio á su persona, por complacerla á usted, que no tenía más delirio que el cruce de la sangre de las dos ramas; pero usted, que es viva, tiene que saber ya, prácticamete, que el hombre que conoce á la Cirila por la primera vez, no se arregosta á volver á tratarla. —Otros podrían decirlo con razón, porque no siempre puede ser la mujer consecutiva; pero tú, descastao, que la has tenido á la pobre mujer de noche y día propiamente lo mismo que una burra, porque has hecho con ella hasta herejías; tú, que la has obligao á ciertos aztos sin sentido común (que á mí podías habérmelos mentao, pa haberte roto toos los dientes de abajo y los de arriba), ¿qué tiés tú que afearla? —Muchas cosas.

—¿Cuáles? —Principie usted porque la chica es un sí es ú no es frígil. —No te entiendo.

—Lo siento de verdaz, señora Isidra, porque no hay otro modo de decirlo sin faltar al pudor. —Pues no lo digas, Miguel, que poco más ú poco menos, carculo el disparate que dirías.

—Luego, además de frígil, se conoce que le tiene reparo al agua fría, y suele suceder que menosprecia su aseo personal una mijita.

—Esa falta, si lo es, la habrá aprendido de ti, Miguel, porque ella era bien limpia

cuando tú prencipiastes á tratarla.

—Quizás que sí; pero hay, señora Isidra, cosas que son un don en los varones y en las hembras son una porquería.

—Tú mientas los defeztos, pero poco te se ocurre decir que mi pobre hija há estao sacrificá bajando al río too el invierno, criando y sin camisa, pa llenarte el zurrón y pa que nunca te faltase tabaco ni bebida.

—Oyéndola á usté hablar, cuasi parece que me ha estao manteniendo de rositas, como si yo no hubiese hecho por ella cosas que valen más que la comida.

—¡Tú que has de hacer! —Y sobre too, señora, lo que está usté diciendo son pamplinas, porque habiendo indicao yo claramente que no me hace el avío la Cirila

hoy por hoy, lo que se hable del asunto es gana de gastar tiempo y saliva.

—No te oceques, Miguel, y reflesiona con reposo lo que hagas. —Bueno. —¡Mira que está loca por ti la pobre, y puede que le cueste el pellejo la noticia!

¡Si no lo haces por ella, ten entrañas, y hazlo por esa pobre inocentita!

—Dígasele usté á Paco, el colchonero, que él tiene más pasión por la familia.

—¡Es decir que te niegas? —Me parece.

—¡Pues ojalá que estés toda tu vida casao con una bruta sin vergüenza que te ofenda seis veces cada día!

—Tendré conformidaz. —Y tendrás... —Eso no es de cuenta de usté, señora Isidra.

J. López Silva.

Mesas de petitorio.



—¿Sabes lo que creo, Epifanio? Que más que contando lástimas á los transeuntes hubiéramos podido sacar poniéndonos una mantilla cada uno y sentándonos junto á una mesita de esas.



—¿Te acuerdas? Hoy hace años que te eché en la bandeja medio duro, cuando pedías en San Luis.

—¡Por cierto que era falso y te llevaste de cambio una peseta buena!



—Desengáñate, hija: en cualquier mesa donde nos sentemos nosotras, aunque sea del café, será mesa de petitorio.



—Yo no les echo nada. Absolutamente nada más que miradas tiernas y sonrisas que encienden la sangre. ¡Me las agradecen tanto las pobrecillas!



AMORES DESGRACIADOS

«Bella hurí,
no puedo vivir sin ti.
Oye la queja de amor
de tu amante,
de tu amante,
de tu amante trovador.»

Así cantaba, al son de su laúd, el hermoso Ferrando, por cuyas mejillas resbalaban dos tristísimas lágrimas, mudas señales de la pena de un amor contrariado y al parecer imposible. El infeliz estaba perdidamente enamorado nada menos que de la hermosa Rosaura, la hija menor del conde Veremundo, alto y poderoso señor de horca y cuchillo que causaba celos á todos los reyes y magnates de los países vecinos.

Repetía el trovador por quinta vez el *ritornello* de su canción amorosa, cuando se le presentó una vetusta dueña, en quien reconoció á la que solía acompañar en sus paseos al dueño de sus amores.

La cual dueña le entregó un pergamino en que una mano temblorosa había trazado estas palabras:



«Sé que me amas; sabe tú que eres correspondido. Te vi, me miraste, te comprendí... te amé. Eres mi músico trashumante; soy una doncella principal... No importa... Ven, te espero.»

»La portadora de este pergamino te dará su monjil y su manto. Disfrázate con ellos, y así podrás entrar en el parque de mi alcázar y estar en él conmigo sin infundir sospechas, pues quien te vea ha de creer que eres mi dueña. Yo misma te abriré la puerta. Te espera impaciente tu Rosaura.»

Ferrando, que era sensible, estuvo á punto de desmayarse de puro gusto; pero al fin se contentó con dar un abrazo á la dueña, la cual se lo agradeció en el alma, pues hacía ya muchos años que no gozaba de tales beneficios.

Esto sucedía á tiempo que en el reloj de la iglesia daban las oraciones.

Dos horas después la noche había cerrado oscurísima como boca de lobo, y Ferrando disfrazado de dueña y Rosaura vestida con riquísimo brial de brillante seda, sentados en un banco de dos asientos separados á lo largo por un espaldar común á ambos, sostenían este diálogo bajo los copudos álamos del parque señorial:

—Mira si te amaré, Ferrando mío, cuando por tí arrostro todos los peligros, hasta el de la muerte.

—¡Vida mía!

—Si mi padre nos descubriera, estábamos perdidos.

—¡Alma mía!

—¿Tú no sabes la triste historia de mis hermanas?

—No, vida mía.

—¿Quieres que te la cuente?

—Sí, vida mía.

—Mi hermana mayor se llamaba Rosamunda. Estaba prometida por mi padre al príncipe Crisantemo, á quien había jurado conservársela en tal estado de inocencia que él había de ser el primer hombre á quien oyera hablar de amores; pero Rosamunda amaba á un paje. Stúpolo mi padre, y al día siguiente el paje apareció colgado de una almena, mientras mi hermana gemía en una mazmorra donde murió á los pocos días, de pena mezclada con reuma articular.

—¡Oh!—exclamó Ferrando, bastante conmovido.

—Mi hermana segunda se llamaba Rosalinda. Mi padre se la prometió en matrimonio al mismo príncipe Crisantemo, como indemnización de la pérdida de Rosamunda. Pero ella amaba á un caballero de la corte. Descúbrelo mi padre y encierra á mi hermana en la mazmorra. El caballero huye, se esconde, pasa á lejanas tierras... Todo inútil... Mi padre reparte emisarios y ballesteros hasta por los más remotos países... Cogen al fugitivo y le cortan la cabeza. Entre tanto, mi hermana segunda había corrido la misma suerte que la primera.

—¡Oh!—volvió á exclamar Ferrando, todavía más conmovido.

—Yo, como mis hermanas, también estoy prometida al príncipe Crisantemo, en las mismas condiciones que ellas.

—¡Zapateta!—dijo para sí el trovador, tratanto de ocultar su espanto.

—Pero á ti no te importará la muerte, siendo por mí, ¿no es cierto?

—Ciertísimo; pero sería preferible no vernos en tan duro trance.

—Por ahora no hay peligro; porque, aunque alguien te hubiera visto, no podría sospechar que bajo ese hábito y esas tocas de mi dueña se oculta mi Ferrando, mi hermoso trovador, mi apasionado amante.

—Es verdad; pero...—repuso él un tantico escamado.

—¿Me amas, dueño mío?—interrumpió la bella.

—Sí... te amo...—contestó el doncel.

Y se unieron sus bocas y crujió un beso.

En aquel momento oyeron una aspiración fuerte y entrecortada de alguien que estaba detrás, en el asiento del otro lado. Los amantes quedaron mudos é inmóviles de espanto.

Aquella aspiración era preparatoria de un formidable estornudo que estalló después.

—¡Mi padre!—exclamó al oírlos Rosaura, reconociendo la estrepitosa manera de estornudar del autor de sus días.

Lo cual bastó al trovador para emprender la fuga, tomando tan vertiginosa carrera que no le hubiera alcanzado ni un galgo de los muchos, y corredores, que poseía el conde en su castillo.

Al llegar á la tapia del parque la escaló y se arrojó desde lo alto hacia afuera, yendo á dar en el foso, que estaba lleno de agua. Con gran esfuerzo y más peligro logró al cabo verse en seco; tiró los hábitos y continuó la carrera.

Pero como sus pulmones no eran más resistentes que los de cualquier mortal, tuvo al fin que sentarse en el suelo para reponer sus agotadas fuerzas, aun á riesgo de ser hallado por las gentes que el conde habría mandado ya en su persecución, que seguramente montarían briosos y ligeros corceles.

Convencido de que su muerte era cierta y estaba próxima, pensó que lo mejor en tan apurado trance sería ir encomendando su alma á Dios, y comenzó á rezar las oraciones que había aprendido siendo niño; pero como no podía apartar de su imaginación lo sucedido, ni las horribles consecuencias que tendría, murmuraba las palabras del rezo mezcladas con



comentarios al triste suceso en que acababa de ser actor, bien á su pesar.

—Dios te salve, María—decía entre dientes,—llena eres de gracia... Infeliz Rosaura de mi vida... el Señor es contigo... y... ya estará en



la mazmorra... Vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos y estará á pan y agua... Con Dios me acuesto... crujó el beso... con Dios me levanto... y el padre estaba allí con la Virgen María y el Espíritu Santo.

Quando recobró el aliento perdido, emprendió de nuevo la caminata, sin saber adónde iba, hasta que, hallando una cueva en lo más intrincado de un bosque, entró en ella y decidió estar allí escondido mientras creyera que podían buscarle.

Tres días pasó en aquella caverna, saliendo sólo de noche para comer las yerbecillas que crecían en las márgenes de un manso arroyuelo que no lejos de allí se deslizaba murmurando, y al amanecer del cuarto empezó á mirar los hechos ocurridos de muy distinta manera que primero.

—¡Bien habré quedado—se decía—á los ojos de la infeliz Rosaura! Me ha visto huir, abandonarla en el momento del mayor peligro. Si yo hubiera sido un caballero, como ella pensaba sin duda, la hubiera defendido contra su mismo padre, quien, en el primer momento, es fácil que la haya estrangulado, ciego por la cólera... Yo he de morir de todas maneras: si permanezco aquí, de hambre y de miseria, y ahorcado si llego á salir de mi escondrijo... Muramos, pues, pero de una manera un poco más decente.

Y ya decidido, tomó de nuevo el camino del alcázar del conde, junto á cuyas murallas llegó poco después de mediodía.

A un tiro de ballesta estaría cuando vió salir por una puertecilla á la propia dueña que le había cedido sus hábitos, y pensó:

—¡Me alegro! Sea esta mujer testigo de mi sacrificio; de ese modo llegará á oídos de su señora, si es que aún vive.

Y con esto sacó de la vaina el puñal que llevaba al cinto y le hundió en su propio pecho con terrible golpe.

—¡Qué hacéis!—gritó aterrada la dueña.

—¡Morir por tu señoral

—Ella me manda á buscaros.

—¿Vive?

—Sí, y desde la ventana de su camarín os ha visto llegar.

—¿Está libre?—dijo él con voz ronca de cómico moribundo al final de un drama.

—Sí.

—¡Cómo! ¡Es posible!... Yo estaba junto á ella... me habló de su amor... murmuró mi nombre...

—Sí, sé todo lo ocurrido.

—¿Y no era el padre el que estaba... en el asiento... de detrás?

—Sí.

—Pues no tuvo... más remedio que oírlo todo.

—¡Cómo había de oírlo! ¡Si es sordo como una tapial

—¡Ah! Sacrificio... inú...

La muerte le sorprendió en aquel instante y se quedó el infeliz trovador con el *til* dentro del cuerpo.



José Estremera.

SACRIFICIO INÚTIL

CARTA QUE DESDE UN PUEBLECILLO DE LA MANCHA ESCRIBE
JUAN FERNÁNDEZ Á PABLO ATIENZA

Pese al silencio obstinado que tú guardaste conmigo, por la carta de un amigo sé todo lo que ha pasado. Y la noticia en cuestión, por ruda é inesperada, ha sido una puñalada en mitad del corazón. Por ser Pura una mujer que á otro hombre pertenecía, me alejé de Pura un día, esclavo de mi deber, ó por demasiado bueno, ó por sentirme vencido, ó porque yo no he nacido para husmear en el cieno. Te confieso que en verdad este austero proceder

me engrió, é hizo tener un poco de vanidad. Y ¡Pablillo, qué sarcasmo! mientras yo aquí pretendía mi curación, y sentía hasta un poco de entusiasmo, dando por cosa segura que de este modo cerraba la puerta al mal, y evitaba una inmensa desventura, de una manera elocuente me dicen los hechos que todo el sacrificio fué inútil completamente. Todo, Pablo, en balde ha sido; su hogar Pura abandonó, y siento este golpe yo quizás más que su marido.

¿Esto es orgullo? ¡Quizás! Negando mi amor mentía... ¡Pablillo, yo la quería desde lejos mucho más! Con ese profundo amor puro, noble, inmaculado, sin esperanza, formado en el potro del dolor; que no persigue la presa de la carne tentadora; que sufre, que calla y llora, pero ni pide ni besa... Que en caso de adversidad va derecho hacia el martirio...

¡y que envuelve su delirio con nubes de castidad! Y pues que le atrajo el vicio y no la pude hacer buena... ¡valía, Pablo, la pena de hacer este sacrificio! Al final, pues, de esta historia veo ante mí la moral como una cosa anormal, triste, grotesca, irrisoria. Y, en fin, en mi mente inquieta nace un criminal amor, y, Pablillo, el pecador surge del anacoreta.

Luis de Ansorena.

REMEDIO CONTRA FALSÍAS

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

Que á las veces un desvío
logra más que cien finezas.

LOPE.

I

—Galán de todas enamorado, ¿de qué te sirve rondar mis rejas, si hace ya tiempo que está cerrado ese postigo para tus quejas?

En vano quieres con ansia loca de amantes galas cubrir falsías. Ayes y quejas son en tu boca para mi pecho frases vacías.

Si con rendirme tu orgullo sueña, vé que es tu empeño tiempo perdido; de esta morada por fin la dueña, un poco tarde, te ha conocido.

A un lado deja protestas vanas: galán que vive mintiendo amores saber debiera que mis ventanas no tienen hierros para sus flores.

Cerró la dama la celosía, corrido y mudo quedó el amante, mientras la luna burlona y fría entre las nubes brilló un instante.

Mas viendo el mozo que necio fiera si allí con lauros de amor soñara, lanzó á la reja mirada fiera y en el embozo sumió la cara.

Y hay quien añade que al alejarse gruñó, cobrando su altivo porte: —Si ésta se cierra, no hay que apurarse, rejas á cientos tiene la corte.

II

Y á cientos tuvo la corte rejas que se rindieron ante el Medoro, unas con trovas, otras con quejas, pocas con flores, muchas con oro.

Más de un postigo rompió candados que echó celoso padre ó marido, y no hubo dueña que á sus ducados no diera premio con un ronquido.

Y sin embargo, con esquivaces el torpe amante pagó ternuras, y, triste siempre, ceñudo á veces, dejó con tedio buenas venturas.

Y cierta noche serena y clara, sin darse cuenta de lo que hacía, volvió á la casa que le cerrara en otro tiempo su celosía.

Y largas horas allí la luna, de amantes tristes amiga vieja, cubrir de flores le vió importuna los duros hierros de cierta reja;

tras de los cuales, no tan esquivada la dama causa de sus enojos, más satisfecha que compasiva, á la ventana quitó cerrojos.

Y aquel amante que amores vanos corrió buscando por donde quiera, ante una hermosa, de pies y manos quedó aherrojado como cualquiera.

Siendo lo raro de nuestro cuento que, muy de veras arrepentido, fáciles triunfos dejó contento, y el mal amante, fué el gran marido.

Lo cual demuestra que, en ocasiones, mezclar desdenes con hermosura es en ovejas trocar leones, pese á sus fieros y á su bravura.

Angel R. Chaves.

El eterno cuento.

No llores más... Aunque yo no soy Jesucristo, te creo Magdalena arrepentida y te absuelve mi corazón... Pero me has contado una historia muy vieja... Me explicaré más claro... Todas las mujeres que pasaron el famoso puente que—según el poeta—separa a la Eva inocente de la Eva pecadora dicen lo mismo y se lamentan de su ignorancia: «¡Era yo tan niña!» «¡Me engañó!» «Me dijo...» «No supe el riesgo que corría.» ¡Eternas frases!... Siempre queréis quedar como santas seducidas por un Lucifer de garrida presencia, con buenos bigotes y mejores ojos... Luego lloráis de rabia, no por lo pasado, sino por lo porvenir, como chico que comete una diablura y llora por la cachetina que el lance puede costarle.

¿Que él solo, el «infame»—como tú le llamas—tuvo la culpa? ¡Quiá!... La mayor parte la tenéis vosotras... ¿Por qué?...

Escucha una historia que viene aquí como de molde.

I

Época: la más fastuosa del imperio romano.

Lugar: el templo de Vesta.

Protagonista: Felia, vestal.

Como el prototipo de la perfección femenil citaban a Felia los romanos, y cuando seguida del licitor se presentaba en público, en todos los labios palpitaba esta frase:

—Ahí va la elegida de Júpiter, la más hermosa de las mujeres.

Y nobles y plebeyos, esclavos y libertos posaban sobre ella miradas codiciosas.

Pero de ahí no pasaban, que har to conocida era la ley de Numa para que cualquier romano se atreviese siquiera a decir «buenos ojos tienes» a ninguna vestal, así gozase de más hermosura que la mismísima Venus; que, por mucho que valga una mujer, en el propio egoísmo vale más la existencia, y no era cosa de aventurarse a perderla a azotazos y a que enterrasen viva a la Fulanita porque faltó al voto de castidad que forzosamente había de mantener durante los treinta años de sacerdocio.

No obstante, dispusieron los hados que un caballero griego llamado Caltus, joven, rico, arrogante y decididor, como quien dice un don Juan de la antigüedad, se enamorase de la «elegida de Júpiter.»

Amor—según afirma Ovidio, gran maestro en tan secreta ciencia—salva todos los obstáculos, y cuanto más firme, mayor es su goce en vencerlos: a nuestro caballero púsosele entre ceja y ceja que la tan ponderada virgen por él quebrase los juramentos que la hacían inasequible al amor, y después de pedir a todos los dioses mayores y menores del Olimpo que le fueran propicios en tan disparatada empresa, y después de gastarse un caudal en ofrendas para mejor contentarlos, se lanzó con más ánimo que prudencia a la conquista de la virginal sacerdotisa.

En pasadas como en modernas edades el dinero hizo siempre el milagro de transformar el deber en servidumbre y el hierro en blanda cera. Gracias a tan poderoso auxiliar, cierta noche logró Caltus ver en el mismo templo a la dueña de su albedrío.

A la mujer todo atrevimiento la conquista, todo riesgo la conmueve, todo peligro la vence: al principio Felia mostróse acero a las súplicas del galán, hielo a sus apasionamientos. Provocó la san-

idad del sitio en que se encontraba, el terrible desenlace a que la exponía la aventura y otras cosas no menos razonables; pero concluyó por ablandarse, por ser miel y por ser fuego, no pareciéndole tan terribles los peligros que la cercaban, con lo cual dicho queda que continuó la entrevista tan suavemente que Caltus—una vez en su casa—bendijo a los dioses é in mente ofrecióles suntuosas fiestas y sacrificios, sin calcular—¡oh, fe de los mortales!—que no a los olímpicos seres, sino a su propio apasionamiento, a su riesgo, gallardía y juventud debía tan señalado triunfo.

Avistáronse Caltus y Felia una y más veces: algo más embriagador que el vino de Corinto, algo más dulce y más sabroso que las mieles de Himeto contenían las amorosas charlas, porque siempre se separaban los enamorados suspirando de pena porque tan pronto la aurora destejía los velos de la noche.

Y en una de ellas, el fuego sagrado de Vesta chisporroteó lúgubremente y el mármol pentélico de que estaba hecha la estatua de la Casta Diva parecía agitarse como si la indignación penetrase a través de sus poros.

II

La más hermosa mujer de Roma, la más codiciada vestal, había arrojado ante la pasión el escudo de su pureza, como gladiador ante formidable rival. La ciudad de los Césares comentaba con tonos vivos y frases no muy caritativas su perjurio. El Senado habíala condenado a morir enterrada viva. Ignorábase el nombre del seductor. Felia no había querido delatarle.

Lo único que dijo a sus jueces, con entereza que confirmaba el temple de su alma, fué:

—Jamás saldrá de mi boca el nombre de mi amante... Por los dioses os juro que él no tiene culpa. Fui yo que le admití; yo que con mis ojos le atraje, yo que con mis labios le seduje, yo que con mis brazos le encadené a mí... Juzgadme vosotros. No impetro gracia: la mujer que se entrega a su amante, lo hace por algo de invencible curiosidad, por un exceso de pasión, porque la arcilla nuestra está amasada con fuego y en el fuego del amor cae para reproducirse... Mis labios jamás se mancharon con la mentira... Antes que vestal era mujer; antes que sacerdotisa, hembra: los hados adversos a mi vida pusieron junto a mí un hombre dotado de la hermosura de Júpiter, de la arrogancia de Hércules, tan apasionado como Cupido... Latió mi corazón al verle, mis brazos hacia él se tendieron... Soy criminal porque no he sabido resistir mi natural flaqueza

ni ocultaros mi deshonra. La hipocresía la desconozco... Llevadme al suplicio, rasgad mi túnica, que Roma entera maldiga mi memoria, que los dioses me transformen en los más inmundo, y ni una queja, ni una protesta, ni un ¡ay! os acusará que me arrepiento de lo hecho: que el amor, tal se apodera de las débiles mujeres que, si por él sufren, ni le maldicen ni se arrepienten... ¡Que Venus me ampare, ya que me prestó su cingulo para un momento de suprema felicidad!...

La ley se cumplió en todas sus partes.

* * *

Y ahora, ¿te atreverás tú a sostener que él sólo—el «infame» como tú le llamas—tuvo la culpa?...

Alejandro Larribera.

MARÍA MARISCAL



En la zarzuela *La bayadera*.

CHISMES Y CUENTOS.

Pues señor...

El juez de Carabanchel ha decretado la excarcelación de D. José Paz, por no resultar cargo alguno contra él en la causa que se le seguía a consecuencia de las denuncias de sus hijos.

De modo que todo aquello de «¡Crimen inconcebible!» «¡Padre desnaturalizado!» «¡Horror de naturaleza!» y otros titulitos semejantes se han venido al suelo.

Y sólo hemos sacado en limpio que la prensa ha cogido por su cuenta a un ciudadano libre para ponerle cual digan dueñas. Y vamos viviendo.

—

Bromista como mi médico no he conocido a ninguno; para ser bromista en todo, sólo receta el bromuro.

Por el color de las medias disputaron Luis y Clara.

Ella optó por las azules
y él por las medias tostadas.

EDMUNDO DE C. BONET.

Leo:

«Es probable que en la próxima semana tome posesión del cargo de académico de la de Ciencias morales y políticas el Sr. Moret.»

¡Cómo! ¿También de ésa?

Pues señor, ya sé lo que estará diciendo ahora D. Segismundo:

—Desde que he obtenido el triunfo diplomático de Marruecos ¡me llueven academias!

El amor es como un fósforo:
se enciende al más leve roce,
se apaga al más leve soplo.

CARLOS C. CATALÁ.

Este año no se han repartido más que cuatrocientas papeletas de invitación para presenciar la ceremonia del lavatorio, en vez de las dos mil que se distribuían otros años.

Inútil sería pintar la pena que con tal motivo me embarga. Porque si cuando se repartían dos mil, sin yo saberlo, por de contado, no me tocaba una siquiera, ¿qué ha de haber sucedido no repartiéndose más que cuatrocientas?

¡Que me he quedado, una vez más, sin presenciar el lavatorio!

Y lo peor es que me voy á morir con las ganas.

No salgas, niña, á la reja
á despedir á tu novio,
que te querrá dar un beso,
¡y un beso nunca va solo!

Me casaría contigo
si no fueras necia y coja,
pero sin pies ni cabeza
no se puede hacer la boda.

RAFAEL MUÑOZ.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Tisbe.—¡Ay, hijo! ¡Qué cursis se ponen algunos muchas veces!

Un recluta de Apolo.—Tres eran tres... y ninguna me parecía publicable, con harto dolor de mi ánima.

Cosme.—El drama del Calvario, y usted perdone, se presta á que una

porción de arpas eólicas hagan muchísimos disparates. ¡Jesús crucificado no se lo tome en cuenta!

Rodajas.—Tampoco esta vez. Pero, en fin, veo que es usted constante, á pesar de todo.

Sr. D. R. V.—¿Ovillejos al Reverte
por sus pases de muleta?
¡Hombre, si no hay un poeta
que salga bien de la suerte!

Sr. D. L. P.—El cantar no sirve. Y de dibujos andamos sobradicos, á Dios gracias.

Sin firma.—De todo no he podido aprovechar más que lo que verá inserto en este número. Y el soneto me gusta por la idea, pero... lo del gorrión es un poquito sucio, y Dios me perdone.

Sr. D. A. R.—De estar mal medidos
habrá quien los tache.
Aviso: *halagüeños*
se escribe con *hache*.

Ramadán.—Hombre, usted es crítico de buena cepa. Se burla usted de un poeta malo, y lo hace usted en unos versos... peores que los del poeta, de seguro. ¡Así se empieza, joven!

Delfín.—«Pura encendida rosa
émula de la llama...»

¡Hombre, qué bien empieza el madrigal! ¡Qué lástima que lo haya usted copiado íntegro del tratado de retórica y poética!

Rojo.—Sí, de vergüenza de haber escrito semejante porquería. ¡No tiene usted que jurarlo!

Sr. D. E. de L.—Vulgares también. ¿Que por qué? Pues... porque no dicen nada nuevo absolutamente.

Petero.—«Eres mi sueño eterno que anonada
todo mi ser en mágica atonía
y lo serás hasta en la tumba fría
que me aguarda anhelante en la enramada.»

¡Claro! Si es sueño eterno... nunca mejor que en la tumba fría que aguarda *anhelante*. Pero ¿como son los anhelos de las tumbas? ¡Mire usted que decir eso en un álbum!

Sr. D. J. G. B.—Vulgar el asunto. Se han hecho muchos versos y muchísimas prosas con él hasta la fecha.

Sr. D. F. G.—No recuerdo haber admitido ninguna de esas humoradas. ¿No se habrá usted confundido con otras que se hayan publicado efectivamente? También ha podido haber igualdad de firma ó pseudónimo.

El loco de la guardilla.—Nada de eso es detestable,
no señor, y... sin embargo,
yo no encuentro publicable
ni lo corto ni lo largo.

Ramio.—Mal le han sentado á usted las comidas de vigilia. Porque le han *producido* unas tentativas de versificación ¡que ni las de las mulas de los ómnibus!

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.



El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.
Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID 2894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.